

Cambio climático y desertificación



La desertificación, intensificada por el cambio climático, representa uno de los mayores retos medioambientales de nuestros tiempos¹.

Esta cita subraya un fenómeno que los agricultores, particularmente los de las áreas secas marginadas, llevan años experimentando: la amenaza de la desertificación y el cambio climático para sus vidas. El secuestro de carbono, sin embargo, tiene una doble utilidad para revertir esta amenaza: en primer lugar, el calentamiento global puede ser mitigado significativamente mediante la eliminación del dióxido de carbono de la atmósfera y su secuestro en el suelo; en segundo lugar, el aumento de carbono en el suelo tiene un gran valor como activo para la producción de alimento.

Los sumideros de carbono disminuyen el CO₂ en la atmósfera y aumentan la fertilidad del suelo

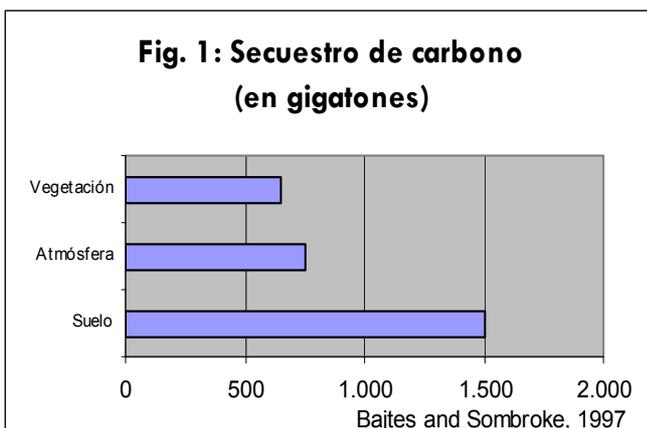
Durante décadas, la humanidad ha desencadenado un círculo vicioso que ha tenido consecuencias medioambientales críticas: con la degradación de la atmósfera por la emisión de gases de efecto invernadero, la degradación del suelo ha aumentado, lo que, a su vez, está empeorando la degradación de la atmósfera.

Las concentraciones atmosféricas de gases de efecto invernadero han estado aumentando durante los dos últimos siglos como resultado de actividades humanas desencadenadas por el rápido aumento de la industrialización. La degradación del suelo, sin embargo, ha desembocado en emisiones de gases de efecto invernadero, debido al desarrollo de prácticas

agrícolas inviables. Así como los gobiernos, las ONG y las corporaciones de todo el mundo establecieron límites sobre la cantidad de dióxido de carbono que los automóviles, las fábricas y las plantas energéticas emitan a la atmósfera, el modo de “reciclar” el CO₂ en el suelo (secuestro de carbono) ha recibido menos atención y apoyo internacional. Muy poco conocido es el hecho de que las tierras del mundo sostienen más carbono orgánico que el almacenado por la vegetación y la atmósfera en forma de CO₂ (véase figura 1).

El secuestro de carbono es el proceso según el cual los sumideros de CO₂ (tanto naturales como artificiales) eliminan el dióxido de carbono de la atmósfera, mayoritariamente como materia orgánica vegetal en el suelo. El suelo constituye un importante e inmediato medio para secuestrar carbono, lo que influye en la eliminación de dióxido de carbono atmosférico y la mitigación del calentamiento global y el cambio climático. Los suelos, tratados de manera orgánica, pueden convertir el dióxido de carbono de los gases de efecto invernadero en un activo para la producción de alimentos. Combinado con el secuestro en suelos no agrícolas, el potencial del suelo para secuestrar carbono y actuar como un sumidero de gases de efecto invernadero es inigualable.

Así, este hecho otorga un nuevo valor a la tierra: el de su capacidad para absorber y secuestrar el exceso de CO₂ en la atmósfera y ayudar así a enfriar el planeta. Además, junto con agua y sol, el CO₂ enriquece el suelo, dando vida a la vegetación, la cual posteriormente generará más sumideros de carbono.





Sin embargo, allí donde el suelo se agota, el secuestro de carbono se detiene. Reconocer el problema del agotamiento del suelo es el primer paso; hacer algo al respecto y reactivar tal secuestro es el segundo. Por ello, resulta imperativo hacer todos los esfuerzos necesarios para incluir el suelo y la tierra entre los principales temas de negociación contra el cambio climático, algo que hasta la fecha no ha sido muy considerado en las negociaciones de expertos.

Las crisis medioambientales provocan un impacto mayor sobre los más pobres y vulnerables del mundo

La desertificación es la degradación de las tierras secas como resultado de varios factores, entre los que se encuentran las variaciones climáticas y las actividades humanas. De acuerdo con la Evaluación de los Ecosistemas del Milenio (2005), las poblaciones de las tierras secas viven en las peores condiciones económicas: tienen el menor PIB per capita y el mayor índice de mortalidad infantil del mundo. Paralelamente, la degradación del suelo en las tierras secas exacerba el problema. La disminución de la fertilidad del suelo reduce tanto la producción de cultivos como las fuentes de recursos adicionales.

La degradación del suelo puede del mismo modo desencadenar un ciclo de degradación medioambiental, empobrecimiento, migración y conflictos, poniendo a menudo en peligro la estabilidad política de los países y regiones afectados. A pesar de los graves problemas de las tierras secas, la CNUCLD reconoce tales regiones como áreas con gran potencial para el desarrollo, ya que proveen gran cantidad de recursos y son el hogar del 50% del ganado mundial. Un nuevo paradigma de la gestión sostenible del suelo puede ayudar a los usuarios de éste a hacer frente a las cambiantes demandas del mercado con tecnologías adaptadas y tradicionales para generar así ingresos, mejorar los medios de subsistencia y proteger el ecosistema.

El suelo puede marcar la diferencia en la lucha contra el cambio climático

Una mayor atención a la relación entre el suelo y el cambio climático no sólo enriquecería los debates (substanciales y conceptuales) sobre los medios efectivos para secuestrar carbono, sino que también representaría una novedosa e interesante plataforma para la inclusión de los países en vías de desarrollo en las agendas de la adaptación y la mitigación, considerando que, para muchos de ellos, el suelo es el recurso natural más importante.

Un posible camino es el de expandir la cobertura del Mecanismo de Desarrollo Limpio hacia los usos agrícolas del suelo para incluir proyectos focalizados en el secuestro de carbono en la tierra,

creando así un importante valor añadido a través de sus impactos simultáneos en la fertilidad del suelo.

El reto es evitar luchar contra el cambio climático de manera aislada a través de la reducción de las emisiones de efecto invernadero a la atmósfera. La CNUCLD, como único acuerdo multilateral sobre suelo y tierra, tiene la capacidad necesaria para hacer una contribución significativa a la lucha contra el cambio climático. Su Comité de Ciencia y Tecnología lidera la introducción de una serie de indicadores armonizados para que un análisis a escala nacional, subregional y regional sea factible. Así, sus 194 Partes proveen el marco global necesario para apoyar políticas y medidas que prevengan, controlen y reviertan la degradación del suelo y, de este modo, jueguen un rol protagonista.

Las Convenciones de Río (el CDB, la CNUCLD y la CMNUCC), a través del Grupo Mixto de Enlace (GME) establecido en 1991, trabajan de manera conjunta para mejorar las sinergias, la coordinación y la cooperación entre las tres convenciones, relacionando la adaptación al cambio climático y la biodiversidad con la conservación y el uso sostenible de los recursos. Las Convenciones de Río tienen la capacidad de actuar como catalizadores para la adaptación de un modo sinérgico, aumentando así el impacto de las medidas realizadas de forma individual.

Algunos estudios muestran que los costes globales de una efectiva protección del clima y del suelo son mucho menores que los de la inacción. Así, se requiere una coordinación internacional integrada para asegurar los recursos financieros necesarios que posibiliten la adopción de unas medidas de adaptación y mitigación eficientes para la protección del clima y del suelo.

La Convención trabaja como una herramienta multilateral del suelo para la adaptación, la mitigación y la resiliencia en la lucha contra los efectos del cambio climático

